

«NAVIDAD, MISTERIO DE AMOR» CORRESPONDER A EL CON UNA CONFIANZA SIN LIMITES EN NUESTRO SEÑOR

Nochebuena, 24 de diciembre 1877

Mis queridas hijas:

Nos aproximamos a este feliz momento en que por primera vez se hizo visible en este mundo Nuestro Señor Jesucristo. En esta hora, la Santísima Virgen, en el rincón más humilde y escondido de la gruta de Belén, se recogía para orar, esperando al Salvador, tan deseado de los profetas y de los patriarcas, tan deseado por su propio corazón, ansioso de ver al Hijo de Dios sobre la tierra.

Cuando ahora asistamos a los santos misterios, cuando nos acerquemos a la santa Comunión, el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Todopoderoso, Eterno, Juez de vivos y muertos, el principio de toda creación, descenderá del cielo y le contemplaremos, como un niño pequeño, acostado en un pesebre, sumiso a una Virgen pobre, oculta, lleno de ternura hacia todos los hombres. Así amó Dios al mundo. *"Sic Deus dilexit mundum."*

Es lo único que puede decirse ante tan portentoso misterio. Y como para vosotras hablo, quisiera decirlo a cada una: "Así, hermana mía, te amó Dios. Por ti bajó del cielo; por ti se hizo pequeño, pobre; por ti tomó la forma amable de un niño, que tiende sus brazos hacia ti para pedirte que vayas a Él, con pobreza, con fidelidad, con inocencia y con perseverancia. Os pide, sobre todo, una cosa con preferencia a las demás: que nunca dudéis del amor de su corazón, que tengáis en El una confianza sin límites, no desconfiando de El jamás." Después, renovaréis vuestros votos. ¿Qué es lo que hacéis cuando renováis vuestros votos las Profesas? ¿Qué prometéis, vosotras, las novicias, cuando os acercáis a Jesús para ofrecerle vuestros santos deseos? Pedís pertenecerle por completo; queréis hacerle el sacrificio de vosotras mismas, y si ya estuviere hecho, queréis hacerle aún más profundo, más perfecto, que sea más perseverante. No olvidéis que si vosotras no dejáis a Jesucristo, no será Él quien os abandone; El, que os ha traído, os ha buscado, desde el pobre lugar de Belén donde se entregó por vosotras, lo mismo que por el mundo entero.

Hay otra clase de nacimiento, de que habla la Iglesia: es el nacimiento de los Santos. Llama *"Natalitia sanctorum"* a ese momento en que, habiendo triunfado de las dificultades de este mundo, las almas santas y agradables a Dios, dejan la tierra para ir a la eternidad. Recorro a las que vivieron más tiempo con nosotras para recordar; ¡cuántos hemos visto de estos *"Natalitia sanctorum"*! Siempre que una de nuestras hermanas ha llegado a los umbrales de la eternidad, ¿no la hemos visto transformada?

No puedo abstenerme de relacionar este recuerdo con el Nacimiento de Nuestro Señor, sobre todo, en este momento en que tenemos en una de nuestras casas, una hermana que ya parece dispuesta a nacer para el cielo, poco después de darse Nuestro Señor a ella y a nosotras sobre la tierra. También ella parece transformada. Tenía defectos, como tenemos todas. Tenía debilidades, pero Nuestro Señor, que la amó tanto, ha sabido en esta última enfermedad completar sus virtudes, transformar sus imperfecciones. Todas las que se acercan a ella, sólo encuentran, como corresponde a una esposa de Jesucristo, un alma amante y fiel preparada para gozar de Dios.

Esto vimos siempre en todas cuantas nos dejaron. Si vosotras no dudáis nunca de Nuestro Señor, si le sois fieles y le amáis con perseverancia, estad ciertas que aquél que os ama con tanta ternura, no os negará ninguna gracia. Preparará vuestra santificación, vendrá de una manera o de otra, bajo la forma de una prueba, de una oscuridad, o con dificultades en la oración; pero El irá siempre continuando su trabajo, pidiendo más ardientemente vuestro corazón, pidiendo vuestra confianza: más íntimamente de su parte y con más fidelidad de la vuestra y terminará en vosotras su obra, en el

momento de vuestro nacimiento para la eternidad. Cuando se sabe esto y lo mucho que Dios nos amó y cuanto hizo Nuestro Señor por nosotros, ¡qué fácil es darse a Él para siempre sacrificándose todo!, y cómo debe el alma tener siempre un fervoroso vuelo, que la lleve hacia Jesucristo en el pesebre, o en el Sacramento, en medio del trabajo ordinario, que llena vuestra vida.

Hemos hablado últimamente de la contemplación; pues una de las gracias más apreciadas de la contemplación, es la que los santos llamaban el vuelo del alma: es decir, que aun viviendo en este mundo y quedándose en la tierra, parece que el alma, separándose del cuerpo, toma rápidamente el vuelo hacia Dios. Las almas que tuvieron ese vuelo, tienen un sentimiento práctico, de que Dios es todo, que sólo Dios es su fin y no saben vivir en cosa alguna fuera de Él.

Si los santos experimentaron este sentimiento por una gracia extraordinaria, que no es dado a todos, es necesario que sepáis que es una ley de la naturaleza para toda alma que deja este mundo: en el momento de abandonar su cuerpo con más impetuosidad que la flecha lanzada hacia el blanco, el alma se lanza hacia el seno de Dios. Si es rechazada por alguna imperfección, por alguna falta, por alguna fragilidad, lo mismo que si está separada por crímenes, que nunca conoceréis, conserva sin embargo durante toda la eternidad este atractivo, esa necesidad, ese vuelo ardiente hacia Dios.

Para las almas que siempre se verán privadas de Dios, su mayor dolor es querer lanzarse hacia El y no poder poseerle; pero ya comprendéis lo feliz y rápido de este vuelo para el alma que amó a Dios en la tierra. Si os hablo así, es porque aun en este mundo depende de vosotras que vuestra alma vuele siempre hacia Dios, que siempre, en todo momento, en vuestros empleos, en la clase, en el refectorio, en la cocina, vuestra alma se eche a volar hacia el santo pesebre de Jesús, hacia el augustísimo Sacramento, donde le encontraréis a Él, que se hizo por vosotras niño pequeño; de modo que en medio de vuestras ocupaciones no pasen muchos instantes sin que vayáis a renovaros e inflamados de amor a los pies de Jesucristo.

La vocación nuestra es buscar siempre a Nuestro Señor, vivir de las verdades de Nuestro Señor, que nuestra base en todo, sea Nuestro Señor. Cuando trabajamos, que nuestro trabajo sea para El, que le busquemos constantemente y que nunca se trate de nosotras, que sea Él quien se dé a conocer. Pedidle esta gracia, en esta sagrada vigilia, en que vendréis a renovar vuestros votos a los pies del pesebre.

Es una gracia muy grande la renovación de los votos. Saldréis, después de hacerlos, más obedientes, más amantes de la perfección, de la castidad, que no es otra cosa, sino el amor perfecto; seréis también más pobres, más desprendidas de vosotras mismas, más humildes ante Nuestro Señor Jesucristo, que escogió el último lugar sobre la tierra; tendréis más dulzura, porque Jesús nos enseña que El es *"manso y humilde de corazón"*; seréis más alegres, porque la pobreza comunica alegría y también porque el Nacimiento de Jesucristo es la fuente de mayor alegría que puede encontrar un corazón cristiano.

Hoy es Nochebuena. Alegría y Nochebuena, es una misma cosa. Nuestros antepasados lo comprendieron bien. *"¡Nochebuena, Nochebuena!"*, era el clamor de alegría y de triunfo. Y así es, en efecto, ¿puede haber alegría mayor que ver descender a Nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra? ¿El que nos pertenece y es todo nuestro?

En medio de estos pensamientos de alegría, no olvidéis un pensamiento doloroso, necesario de recordar: después de haberse hoy dado Jesucristo al mundo de este modo, después que el Hijo de Dios ha bajado del cielo, todavía existen hombres que han trabajado y trabajan incesantemente, para persuadir a los demás, que Jesucristo no es Dios, que no es el Hijo del Eterno, la segunda persona de la Santísima Trinidad, que cuanto creemos está desprovisto de verdad y que nada nos ha venido del cielo. Pensad, ¡qué desgracia es para las almas y qué gran pena para Nuestro Señor Jesucristo! Es el trabajo de la antigua serpiente, cuya cabeza aplastó María con su pie virginal, pero que mueve la cola para herir a las almas y arrastrarlas con él hacia el abismo eterno.

Al mismo tiempo que os alegráis, pensad también en los que no conocen las alegrías de esta santa noche en que se nos da el Salvador; en los que desvían de Él los pensamientos y los corazones con malas artes.

Rezad mucho por la conversión de este país; por el triunfo de la Iglesia, que difunda la alegría en todas partes y enseñe el conocimiento de Dios y de su amor.

Cuando se sabe quién es Dios y cuánto nos amó, cuando se sabe, que es todo misericordia, para con sus pobres criaturas, que debemos darle nuestra confianza y nuestra fe, no abusando nunca de sus gracias y que mediante todo esto, nos prepara su cielo ¿qué corazón habría tan endurecido, que no se rinda ante estas seguridades que quiere dar la Iglesia a sus hijos y que es el origen de la verdadera alegría? Y es esto precisamente lo que el demonio quiere destruir por la incredulidad.

Por estas razones, es necesario pedir por el triunfo de la Iglesia, por la vuelta de las almas equivocadas y alejadas de Dios, y alegrarnos de la dichosa parte que nos ha sido dada, al estar separados de todo error, de toda mentira, de toda ocasión de pecado, para unirnos a Aquél hacia quien nuestra alma debe volar con amor y que debe hacer en la tierra nuestra felicidad y nuestra alegría en el cielo, por toda la eternidad y a cambio de su Nacimiento de hoy en el pesebre, nos prepara el *nacimiento a la eternidad*.

Sainte Marie-Eugénie de Jésus